

Hernán Gabriel Vázquez:

Reencuentros, reconocimientos y revelaciones

Informe sobre el Festival Internacional *La música en el Di Tella, resonancias de la modernidad*

Durante los ocho días que duró el Festival Internacional *La música en el Di Tella*, el Centro Cultural Borges de la ciudad de Buenos Aires fue el escenario de una sucesión de abrazos, rostros sorprendidos, ojos colmados de lágrimas, narración de recuerdos, debates encendidos, bromas, emociones, alegría, música y aplausos. Sin poder despojarme de la profesión de investigador, durante la recepción inicial escudriñé a los compositores para encontrar los rostros vívidos de los becarios del CLAEM que sólo conocía por aquellas fotos que recolecté en los archivos del Instituto Di Tella para la producción del Festival. Los mismos compositores se asombraban al reconocer su rostro o el de sus compañeros en aquellas fotos juveniles, ahora expuestas al público. Nuevamente, un grupo de compositores latinoamericanos volvió a reunirse en Buenos Aires. En esta oportunidad, algunos creadores viajaron desde tierras más lejanas y la ocasión permitió que estos ex-becarios se reconocieran y recorrieran nuevamente los lugares de la ciudad en los que antes compartían sus ideas sobre la música, entre otros temas. En una coincidencia fortuita con el número ideal de becarios que supo tener el CLAEM durante la década del sesenta, doce compositores pudieron asistir desde el exterior, y a ellos se acercó un grupo algo menor de compositores residentes en Buenos Aires. Como miembro del equipo de producción, puedo dar fe que se convocó a todos los ex-becarios que se pudo contactar, aunque diversas circunstancias produjeron la ausencia de algunos invitados.

El Festival, en cuanto conmemoración de los cincuenta años de creación del CLAEM, funcionó como un homenaje a su director, a los profesores locales y visitantes y a los becarios, y como un evento de divulgación que intentó dilucidar qué fue y cómo funcionó el Centro que supo dirigir Alberto Ginastera. Tal vez, uno de los principales logros del Festival haya sido el aclarar ciertas cuestiones sobre la producción musical del CLAEM y qué lo diferenciaba de los otros dos Centros de Arte del Instituto Torcuato Di Tella. Como público, nos fue posible tomar contacto con dicha producción musical por medio de grabaciones históricas instaladas en la muestra, los seis conciertos de cámara y los dos conciertos sinfónicos que dieron inicio y cierre al evento. Además, durante las conferencias matutinas, las intervenciones de los ex-becarios enriquecieron la exposición de los disertantes y nos acercaron al pensamiento de cada uno de ellos. No cabe duda: el Festival fue un festín, sobre todo para los musicólogos. Es necesario destacar la muestra de diplomacia y templanza que tuvieron los compositores, sobre todo los visitantes, pues fueron asediados por nuestras entrevistas y diversas filmaciones que giraron en torno a ellos, aunque creo que algunos llegaron a disfrutar esos momentos.

La apertura y cierre de las conferencias estuvo a cargo del Director Nacional de Artes, José Luis Castiñeira de Dios, quien expuso los motivos que lo impulsaron a apoyar el proyecto del Festival: la importancia histórica de la producción del CLAEM y el interés en que la conmemoración encuentre una “proyección en el futuro”. Durante el transcurso del Festival, hubo tres conferencias que se destacaron por los conceptos vertidos y la correcta aproximación al hecho histórico que se estaba conmemorando. La presentación de Mariano Etkin, ex-becario, y Eduardo Russo (como representantes de la Universidad Nacional de La Plata) tomó como ejes la relación entre instituciones e individuos, y la creación musical y los medios audiovisuales. Esa misma mañana, Claudio Bazán nos acercó una instructiva e íntima exposición sobre la experiencia y creación durante y después del CLAEM de Oscar Bazán, su padre. En la tercera conferencia a destacar - moderada por Oscar Traversa -, Carmelo Saitta, Oscar Steimberg y Roque de Pedro propusieron diferentes enfoques sobre el interés en la comunicación y la búsqueda del lenguaje a utilizar en torno a las manifestaciones artísticas en el Instituto Di Tella. El resto de las conferencias se alejó de la profundidad y tono que tuvieron las antedichas. En algunos de los paneles se presentaron argumentaciones pautadas “en una charla de café, la tarde anterior” para “hablar de lo que pensamos” sobre la música. Otros conferencistas aprovecharon la situación para, principalmente, difundir la actividad que han realizado en sus respectivas instituciones o en forma individual. Un caso especial fue la presentación de una publicación conformada por material epistolar tomado del Archivo del Instituto Di Tella. La compilación de cartas estuvo a cargo de Laura Novoa y fue editada por la Biblioteca Nacional, con prólogos de Francisco Kröpfl y Gerardo Gandini-Ezequiel Grimson. En la conferencia de cierre, Castiñeira de Dios presentó un proyecto cuyo fin sería impulsar el intercambio de la producción musical de compositores actuales de Latinoamérica y de la península ibérica. El auditorio expuso diversas sugerencias y observaciones al proyecto, el cual esperamos pueda llegar a buen puerto.

Salvo por el “encuentro con los becarios” de la sesión inicial donde el Director del Festival, Eduardo Kusnir, mantuvo una conversación informal con los compositores, la conferencia citada donde participó Etkin y la presencia de Kröpfl y Gandini en la presentación del libro-epistolario, no estuvo previsto un espacio para que los protagonistas de la historia del CLAEM expusieran su voz. Al margen de la narración de sus memorias sobre la experiencia en el centro ditelliano, hubiera resultado de mucho interés para el ambiente musical porteño y argentino que los compositores hablaran sobre su propia trayectoria y producción actual. Tal vez las distintas entrevistas que se realizaron - cuando los interesados tengan acceso a ellas -, puedan salvar la carencia indicada. Aparentemente, existe la intención de que parte de ese material esté disponible en el Instituto Nacional de Musicología “Carlos Vega”.

La organización, efectividad y compromiso que tuvieron los conciertos supieron ganarse el aplauso de los asistentes. Una gran labor han sabido llevar

adelante los instrumentistas en general y los directores, especialmente Marcelo Delgado a cargo de los conciertos de cámara. Obras jamás ejecutadas, o escuchadas por segunda vez, se combinaron con estrenos. Algunas de estas obras fueron *magma I*, de Graciela Paraskevaídís, en primera audición para Buenos Aires; *¡Volveremos a las montañas!...*, de Gabriel Brnčić Isaza, estreno absoluto de su versión original para orquesta; *La gran panadería*, versión orquestal de un trabajo previo de Eduardo Kusnir, y la obra premiada en el concurso organizado en conjunto con el Fondo Nacional de las Artes, *Saba* del joven argentino Valentín Pelisch. Tanto los dos conciertos sinfónicos como los seis conciertos de cámara fueron una muestra panorámica de tendencias estéticas y búsquedas por diversos medios de expresión, con obras tempranas y algunas producciones más actuales. Este abanico de obras mostró las inquietudes que movilizaron o movilizan la producción musical de los compositores: la combinación de materiales sonoros autóctonos o arcaicos cargados simbólicamente con procedimientos compositivos más actuales, cierta hibridación entre lenguajes y técnicas diversas, la producción por medio de fuentes sonoras acústicas de texturas o timbres cercanos a los producidos por medios electrónicos y, además, elementos gestuales de los intérpretes que redundan en la interacción con el público. No estoy muy seguro que, en el ámbito de la música culta o de concierto, estas inquietudes hayan sido superadas o que aún presenten una rica fuente de investigación para los creadores. La audición de estas músicas mostró cuánto más nos queda por conocer de la producción musical latinoamericana.

Es posible decir que el CLAEM transformó parte de la producción musical en Latinoamérica. Cabría preguntarse qué pasó en Argentina con el CLAEM, ¿fue algo que movilizó la actividad creativa o es algo que aun falta (re)conocer? El CLAEM funcionó durante un período sumamente convulsionado políticamente en el plano nacional e internacional y, de una u otra manera, estos hechos interfirieron en el funcionamiento y la recepción de la actividad del Centro. El Festival realizado en junio pasado formó parte de lo que Pola Suárez Urtubey tituló “La actividad musical en tiempos de elecciones” (*La Nación*, 23/06/2011), artículo que incluye una de las pocas menciones que se produjeron en los grandes medios argentinos durante el desarrollo del evento. Al parecer, debido al clima electoral y los enfrentamientos entre el gobierno nacional y algunos medios de comunicación, la actividad respaldada por la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación tuvo poca o nula repercusión en la prensa local.

Durante las conferencias, en algunos conciertos y conversaciones informales, se pusieron en debate algunas teorías sobre los orígenes del Centro y, además, tanto la idea inicial de llevar a cabo el Festival como la herencia del CLAEM fueron tratados como trofeos en disputa. Durante uno de los conciertos, Kusnir ironizó sobre los promotores secretos de la creación del Centro. Este hecho, además de intentar distender algunos debates, puso en evidencia la cuestión que llama la atención de varios protagonistas de la historia y a los que intentamos reconstruirla. En las distintas variantes que tomó el posicionamiento ante el legado del CLAEM,

una revelación resonó una de las mañanas: “yo soy hijo del Di Tella. Las cosas que aprendí, [...] casi todo lo que soy, si no todo, las aprendí en el Di Tella con los maestros y los amigos”. Esas palabras, enunciadas con sincera humildad pero, a la vez, con gran énfasis, fueron expresadas por el maestro y amigo que más frecuentó el recuerdo de los becarios durante las entrevistas, Gerardo Gandini.

Buenos Aires, julio 2001